

transparente cuando se trabaja con patrimonio y mestizaje) apuntan, en sus distancias, a una actitud ineludible: las metodologías horizontales deberían *incomodar los términos* en los que estamos acostumbrados a producir investigación social. Y con “acostumbrados” queremos decir adormecidos por el *habitus*: por las políticas de investigación, por las aplicaciones a financiamientos, por el formato acorazado de los *papers*, las revistas, los índices. No porque sean necesariamente perniciosos y desechables *per se*, sino porque nuestra interrogación sobre ellos se ha tornado infrecuente. En algún punto, todos estos textos denuncian, en el sentido más fiel de su etimología latina –*avisar o dar noticia de algo inconveniente*–, lo que aparece naturalizado.

Las preguntas incómodas: si nunca se nos ocurriría dudar de que merecemos pago por nuestro tiempo de trabajo como investigadores, ¿es tan “obvio” que lxs investigadxs no merecen una retribución monetaria?, ¿qué tipo de interdicción moral ponemos sobre el valor de cambio, sobre todo cuando la colocamos de “un solo lado” de la investigación? ¿Adónde radica el tabú, se pregunta Sarah Corona en su capítulo? Si los compadrazgos y la extensión putativa de redes de parentesco (el etnógrafo convertido en padrino, la etnógrafa en madrina) están extendidos y bastante legitimados en el trabajo de campo, ¿por qué el intercambio de placeres eróticos no? ¿Por qué la intervención del deseo sexual –y sobre todo, el homoerótico– sería una “otra cosa” cuyo intercambio está excluido de la enunciación, aunque sabemos que pasa todo el tiempo?, se pregunta Gustavo Blázquez. ¿Qué sucede cuando es el otro –más aún, la otra, mujer indígena– la que pone en cuestión las posibilidades del diálogo y ante las exigencias de traducción cultural, tolerancia y convivencia dice “hablaremos en zapoteco y no vamos a traducir”? ¿Qué es lo que se devela sobre nación, mestizaje o pluriculturalidad en esa incompreensión decidida?, se pregunta Mario Rufer en su texto.

El principio básico espacio-temporal del que participa la noción de horizonte es que está abierto. No pretendemos que la lectura de *Horizontalidad* imponga una serie de fórmulas o proposiciones